EL FINAL DE LA PARTIDA

por José León Cano

Para quien tuviera abiertos los ojos del alma, estaba claro que allí había una Fuerza capaz de hacer sangrar a las paredes y despertar a las sierpes de la angustia. Una Fuerza que servía de sustento a las bajas pasiones, a la vez que se alimentaba de ellas. Los que eran capaces de experimentar su presencia, la sentían como una música abyecta que sólo pudiera escucharse a través del sobrecogimiento del corazón; y aquel atardecer la Fuerza hacía resonar, en el pecho de los sensitivos, la más espantosa de sus melodías.

Caía la lluvia, con la tarde, en los ámbitos estrechos del claustro. El suelo del jardín, de leprosa oscuridad, se dejaba empapar con la pasividad de quien hubiera recuperado demasiado tarde al amor de su vida, pues ya nada podía fructificar en él. Pero el ligero temblor de los secos ramajes, la desacostumbrada avidez con que el agua era absorbida, podía crear la ilusión de que alguna odiosa turba de seres sin forma ni volumen recogiera la vida contenida en el agua para crecer cada vez más profundamente hacia abajo.

Como si fuera consciente de su lenta derrota, una turbia claridad hacía frente, penosamente, a la bruñida piel de la noche, que ya insinuaba su incipiente magia por los rincones oscuros. Y toda la melancolía del mundo tenía cabida en aquel angosto lugar. En su alucinada carrera hacia la inmortalidad, el sucesivo fracaso de las generaciones había dejada huellas purulentas sobre los cada vez más borrosos muros, sembrados de viejas inscripciones medievales. Las cuales recordaban que aquí y allá estaban sepultados los nobilísimos restos de un duque de ilegibles apellidos, de un almirante que hubo de sucumbir ante la superioridad ¾ficticia¾ de una flota sarracena, o de un gentilhombre de iglesia cuyos brocados y gayos saberes deslumbraron estancias ahora marchitas u olvidadas.

Pasiones oscuras, las que más brillo inculcan a la mirada de los hombres, se sustentaban de la Fuerza que residía en el palacio gótico, ajena la sucederse de los siglos. Muertes violentas y hechos espantosos, aunque poco dignos de ser aceptados por la cordura, se habían sucedido igualmente bajo los podridos artesonados que, en sus rincones ocultos, servían de guarida a los murciélagos. Derribado junto al vitral del gran salón, al otro lado del claustro, el cuerpo de una mujer desnuda apareció de madrugada, en las prostrimerías del Siglo Dieciocho, con una moneda del Emperdador Diocleciano atravesada en la garganta. Nadie logró descubrir la identidad del fascinante cadáver (la suave piel aceitunada, los senos como manzanas en agraz, atroz la expresión de su boca

desmesuradamente abierta, la del brillo inhumano de sus ojos verdes, destrozados por hilos de sangre), cuya sobrecogedora aparición fue atribuida, para escarnio de volterianos y revoltosos, a los designios insondables del Demonio.

Los más viejos recordaban que sus abuelos habían contado, al calor de hogueras lejanísimas, cierto ominoso alquelarre celebrado en el palacio cuando sus muros eran jóvenes y el odio los envenenó para siempre. Napoleón comenzaba a saborear el sangriento vino de las victorias. Media Europa esperaba el Apocalipsis, mientras la otra media creía estar despertándose ante las puertas de un mundo mejor. Y una mañana de primavera ¾por aquel entonces¾ llovió granizo rojo sobre el cubículo ajardinado del pequeño claustro. Se formó en el suelo una capa rugosa que, al deshelarse, adquirió toda la apariencia de la sangre coagulada. Y el insólito licor, como si de lluvia se tratara, fue ávidamente absorbido por las profundidades.

Todavía quedaba en la ciudad algún viejo quein, al serle referido el suceso, creyó recordar (de la misma forma que si fueran los retazos inconexos de una horrenda melodía) algo que había oído de su abuelo, o tal vez de un anciano ciego como Homero, con respecto a una congregación de brujos y nigromantes, reunidos al ampara de los muros palaciegos para escapar de la Inquisición. Decíase que los brujos, sorprendidos en el ejercicio de sus Artes Oscuras, habían sido pasados a cuchillo allí mismo, uno a uno hasta completar el número de doce. Y en medio de los últimos terrores, cuando sangre y acero se abrían a los primeros abrazos de la muerte, levantaron las manos en signos inusuales, entrelazaron los dedos por encima de su propia carnicería, a fin de que el lugar fuera maldita hasta su completo desarraigo por el Señor de la Pata de Cabra.

Era una Fuerza invisible pero patente, como digo, para quien tuviera abiertos los ojos del alma. Por eso temblaban los sensitivos, aunque incapaces de adivinar la causa, cuando la desgracia o un destino abyecto les empujaba al interior de aquellos muros. Y tal vez por eso mismo, cortejados por la lluvia y las sombras, entraban en desacostumbrado silencio, reteniendo su ansiedad, quienes acudían a presenciar una partida de ajedrez que se anunciaba como histórica.

Era la primera vez en cinco siglos que el salón de los grandes vitrales se abría a un acontecimiento público. Las autoridades lo restauraron en parte con dicho fin, deseosas de borrar los restos de antiguas supersticiones y recuperar un palacio histórico para el beneficio de la comunidad. A los pies del vitral que daba al claustro se había levantado un estrado, de forma que todos pudiesen contemplar desde sus asientos la mesa de los contrincantes. A la izquierda del estrado se encontraba una pantalla de grandes dimensiones que amplificaba, a través de un circuito cerrado de televisión, la imagen de las piezas sobre el tablero. Gracias a esa pantalla, los espectadores podrían seguir cómodamente el encuentro de dos hombres, cuyas pasiones eran el juego diabólico y el odio que se profesaban entre sí.

Ulianov, el eslavo, respondió con un gesto ceñudo al aplauso de los espectadores; mientras Carpentier, el francés, lo hacía con una anticipada sonrisa de triunfo. Algo se revolvió detrás de los muros al calor de esos

aplausos. No en vano era también la primera vez, en mucho tiempo, que el lento sosiego del salón se perturbaba con vibraciones más ardorosas y consistentes que las originadas por la lluvia y el viento desde los arcos del pequeño claustro. Pequeñas gotas de sudor iluminaban la frente y el pálido cráneo de Ulianov, cuyos ojos de hielo azulado parecían pertenecer a un cadáver debido a su fijeza y apagado brillo. Sólo la ligera crispación de su boca , con las comisuras excesivamente contraídas, mostraba una emoción implacable. En cuanto a Carpentier, lo excesivo de su sonrisa, la demasiada fatuidad y liegereza de sus ademanes, querían manifestar una seguridad que estaba muy lejos de poseer. Carente del espeso entramado lógico de Ulianov, el francés era temido, sin embargo, por sus audaces golpes de inspiración, , por la pasmosa celeridad con que reaccionaba a un cerco insidioso o a una trampa aparentemente mortal. Ulianov era un tanque y Carpentier un saltamontes. La precisión aplastante el primero se veía burlada por alguna pirueta imprevisible que, en manos de un jugador menos favorecido por la inteligencia, hubiera parecido ridícula. Y en varias ocasiones la disparidad de ambas tácticas había terminado en tablas.

El uno y el otro habían jurado, sin embargo, que esta vez no sucedería así. Carecían ambos de grandeza de espíritu, lo que les impedía aceptar livianamente una derrota. La obsesión por derrotar al contrario consumió sus escasas reservas de bondad. Hasta el punto de que circulaban exóticos rumores, según los cuales tanto Carpentier como Ulianov habían contratado los servicios de sendos hechiceros para crear una densa atmósfera de ofuscación en el contrario. Si ciertos o no, estos rumores habían incrementado el clima de expectación, que llegó a su punto más alto cuando Carpentier aceptó el desafío lanzado por Ulianov de no levantarse de la mesa, reiniciando las partidas cuantas veces fuera necesario hasta que uno aplastase al otro, y renunciando ambos oponentes a todo descanso.

Los negros ojos del francés vibraban de ira contenida, y ni una sola vez se cruzaron con la acerada fijeza de los de su contrario. Como sarmientos aceitados, los cabellos de Carpentier parecían, destilando negrura, disponer de movimientos propios. También se manifestaba su tensión en el temblor incontrolado de los dedos, en la excesiva crispación de su cuerpo, forzado a inclinarse más de los que hubiera sido decoroso ante los aplausos e los espectadores.

Cuando estos cesaron comenzó la partida. Arrogante, Carpentier adelantó el caballo negro de la derecha, solitario frente al campo enemigo. Ulianov reflexionó con la frialdad de los ofidios, sin desperdiciar un átomo de la energía de su mente en el más ligero movimiento. Sólo rompía el silencio el lamento de la luvia, detrás de los vitrales. Y algo impalpable pero de inteligente solidez, una atmósfera de maligna sabiduría, iba despertándose lentamente sobre las cabezas de todos. Una nube incolora, un gran ojo invisible flotando bajo los artesonados, concentrándose la Fuerza en sí misma, de modo que quienes conservaban reflejos primordiales de la niñez descubrían en el sabor a muerto de sus labios, en la desmayada pesantez del aire, los primeros presagios de la tormenta.

Al fin Ulianov se dignó levantar su mano derecha con la que apresó, para

adelantarlo dos cuadros, al peón situado frente a su torre izquierda. Los más entendidos creyeron interpretar este gesto como el anuncio de una estrategia larga, madurada y misteriosa. Pero quienes acudieron para regocijarse con el espectáculo del odio centraron su atención en el nervioso tamborilero con que los dedos de Carpentier, sobre la mesa, acogieron el movimiento de su contrario. Los vitrales con escenas sacras, ahora oscurecidas pro la noche ,comenzaron a vibrar casi imperceptiblemente, como si la Fuerza les contagiara, amplificándolo, el tenso ritmo de aquellos dedos.

Una mujer joven apartó la vista de los jugadores. Inquieta, miró a su alrededor y luego al techo. Algo la hirió entonces desde la altura; o así lo parecía, puesto que lanzó un grito prolongado y cortante, y se volvieron hacia ella. Tenían el rostro empalidecido de terror, pero enrojecidos el contorno de la yugular y el de una vena gruesa de la frente. Sin dejar de gritar, comenzó a golpearse los muslos con las palmas abiertas. No consiguieron calmarla, pero voces airadas la invitaron a abandonar el salón. Y la joven, incapaz de atender a las recriminaciones de que era objeto, hizo su grito inteligible:

¾¡Se está acercando...! ¡Se está acercando...!

Gritó de nuevo, los ojos fijos en el techo, y se cbrió el rostro con los brazos en un inútil gesto de protección. Acto seguido perdió el conocimiento y cayó de bruces sobre sus rodillas. Alguien la alzó para sacarla del recinto. Sus brazos caídos se balanceaban como de trapo. Pero el revuelo, sorprendentemente, fue mínimo. Sentáronse de nuevo los pocos que se levantaron, y los escasos murmullos fueron pronto acallados por la fascinación que emanaba del estrado: dos figuras de cera (a no ser por la respiración afanosa de Carpentier) empeñadas en dominar los resortes del universo a través de una suma cuadrangular del blancos y negros. Carpentier maldecía interiormente a su contrincante, deseándoles una y mil veces la muerte, y los ecos de su maldición resonaron como campanadas de niebla por todo el recinto. Hasta hacer tremolar, con sutiles corrientes de aire, los enormes tapices rojos de los muros. Y aunque el pétreo rostro de Ulianov no traslucía emoción alguna, un observador perspicaz hubiera advertido en el somnoliento trazo de sus ojos diminutos los destellos de una feroz ironía; incrementados cuando Carpentier movió dos cuadros el peón que defendía a la Reina Negra con el fin de facilitar a esta dama de la noche sus posteriores movimientos.

Ocupó el peón del centro su nueva posición y en ese momento se produjo un cortocircuito. Los espectadores de temperamento más frío pudieron comprobar entonces, asombrados, que un débil halo eléctrico, azul y rojo, envolvía el contorno de los jugadores. Pero semejante constatación no pudo ser comentada, ni aún tenida demasiado en cuenta, porque otro hecho de características más impresionantes, un sonido peculiar, a modo de lento y repulsivo gorgoteo, dominó los murmullos levantados por el nuevo incidente. Alguien se prometió a sí mismo, dominado por un terror irracional, abandonar el recinto en cuanto la luz regresase. Se restableció el fluido y cesó el estupefaciente gorgoteo. Pero quien tomó la resolución de escapar vio frustrada esa esperanza, porque sus miembros inferiores se volvieron rígidos, y el deseo antes experimentado con tanta intensidad se transformó en castillo de arena

desmoronado por un golpe de mar. Porque la Fuerza, ahora despierta por completo, se había adueñado insidiosamente de la voluntad de todos, haciendo creer a cada cual que era la suya propia.

Únicamente los dos personajes del estrado permanecían ajenos a cuanto les rodeaba. Y no se percataron, como casi ninguno de los espectadores, que el más grande de los tapices rojos, aquel cuyos bordados rememoraban una pútrida escena, la Resurrección de Lázaro, comenzaba a gotear sobre la pared un líquido indefinible, rojizo, que ya dibujaba hilillos convergentes en su deslizamiento hacia el suelo. Quien se percató de la anormalidad la atribuyó, como afuera seguía lloviendo, a una gotera en el viejo muro: el agua filtrada se teñiría de rojo en el tapiz, cuya textura sería probablemente lo bastante tupida como para conferir al fluido resultante la apariencia del vino o de la sangre. Nadie alcanzó a observar, sin embargo, que el cadavérico rostro de Lázaro, originariamente tejido con lanas grises y amarillas, estaba también enrojecido, apostillándose gráficamente con ello la intranquilizadora realidad (siquiera en el tapiz) de esa célebre fábula evangélica.

Los hechos se sucedieron a continuación con la vertiginosa rapidez, de torbellino, que acompaña a veces a las pesadillas. Ulianov movió su caballo izquierdo, creando una situación de clara amenaza para su contrario. Carpentier se puso tenso como un arco de violín. Un copioso sudor resbalaba por sus sienes congestionadas. Y este mínimo detalle ejerció tan poderosa influencia en el ánimo de los espectadores que casi hubieron de olvidarse de los inquietantes sucesos acaecidos. La lluvia era ya fragorosa al otro lado de los vitrales, haciéndose semejante a un hervidero en el patio del claustro. Incapaz de soportar su propia tensión, el francés levantó por un momento la vista del tablero y la cruzó, como por azar, con la de uno de los espectadores de las últimas filas, regresándola un segundo después a las fichas. Se levantó entonces ese espectador, retorcidas sus entrañas por un fuego venenoso, y vomitó un gran chorro de sangre, sin encontrar después más reacción, estupefacto ante el hecho espantoso, que un gemido desfallecido e infantil surgiendo de su propia garganta.

Fue la señal definitiva. Un confuso y vibrante horror levantó a todos de sus asientos. Al iniciarse los gritos quedaron enturbiados muchos ojos, envenenados por el miedo, y pocos fueron capaces, en aquellos primeros momentos, de acertar sus pasos hacia la salida. Nadie consiguió abrir esas puertas. En el forcejeo de los cuerpos, algunos quedaron en el suelo sangrantes y sin sentido. Gritaban las mujeres con desatinada furia, arañando y descargando los puños en cualquiera, componiendo, al tirar con desesperación de sus propios cabellos, espantosas figuras de Gorgona. El rostro de Lázaro comenzó a a rezumar abyecta sangre en el tapiz que confluía, al llegar al suelo, con la de los heridos. Se oyeron unas fuertes carcajadas, retumbantes en la letra del artesonado, pero ni Carpentier ni Ulianov prestaron atención a cuanto sucedía, sino que se cruzaron por primera vez una mirada malévola, como si a través de ella pudiera el uno adivinar los pensamientos del otro y revisar, en consecuencia, la táctica a seguir de la partida.

Densas gotas de color terroso, condensadas en el techo, comenzaron a caer sobre la confusión. Ulianov. Incapaz al fin de dominar su ansiedad,

descargó el puño sobre el tablero, con un movimiento como de autómata, deshaciendo la configuración de las fichas. Convertidos en un ejército de cuchillos, cayeron entonces sobre todos los cristales del vitral que daba al claustro, y penetró la lluvia con estrépito sobre la carnicería; aunque no con el suficiente para acallar el insufrible griterío de mujeres que chillaban como raposas caídas en una trampa, de hombres cuyos feroces rugidos ante la muerte los asemejaban a bestias carentes del menor asomo de dignidad. Pechos desgarrados, ojos fragmentados por la saña del cristal, gargantas asaeteadas por las injurias del horror ante las resonancias de aquella risa cínica y cavernosa que caía sobre sus cabezas como una plaga indescifrable y sagrada.

De pronto, centenares de ratas enloquecidas se entremezclaron con la pavorosa confusión de los hombres, surgiendo de las múltiples hendiduras que se estaban abriendo entre los muros. Corrían de un lado para otro, mordiéndose y arañándose entre ellas, participando, con sus chillidos deleznables, del mismo horror que poseía a seres humanos. Y comprendieron algunos entonces la razón del gorgoteo bajo los muros, e los inquietantes sonidos que, semejantes a unas huecas carcajadas, parecía proceder del artesonado: la acción combinada de la tromba de agua y el peso desacostumbrado de los espectadores (o tal vez la de una Fuerza experimentada por los más sensitivos) estaba produciendo el derrumbamiento del viejo edificio.

Al fin descubrió Carpentier cuál era el único modo de acabar con su adversario. Porque al mirar al fondo de sus azules ojos de muerto entendió la naturaleza y la razón de cuanto estaba sucediendo. Cayó la primera viga, con escalofriante resonancia, sobre las cabezas de los congregados, y quienes miraban aterrorizados hacia el techo pudieron descubrir la amenazante negrura del cielo en sus primeros desgarrones. Pero Carpentier, poseído por la furia de un propósito implacable, no veía ante sí sino el repulsivo brillo de unos ojos de reptil en cuyas profundidades se dibujaba la más abyecta ignominia: con un gesto enardecido arrojó al lado el tablero, cayendo las piezas sobre el estrado, y logró apresar el sudoroso y blando cuello de su contrincante para estrangularlo. Ulianov no opuso resistencia alguna, pese a que en sus ojos, ahora enfebrecidos y brillantes ante la cercanía de la propia muerte, comenzara a reflejarse un asomo de humanidad. Seguía apretando Carpentier y Ulianov esbozó una sonrisa enigmática, como si aquella opresión le estuviera liberando para siempre de su sórdida infamia. Y cuando perdió la vida por asfixia cayó sobre los que aún la conservaban. El tapiz que representaba la Resurrección de Lázaro y tras él el resto de los muros, al derrumbarse en su totalidad, sobre las últimas angustias de la carne y los ojos abiertos, el viejo palacio gótico en el que una noche de diciembre de 1574 encontraron la muerte ciertos oscuros nigromantes, uno a uno hasta completar el número de doce. Sólo quedaba con vida un espectador, bajo el retorcimiento de los cuerpos y las vigas. El cual interpretó la corriente de aire intensa y ululante que siguió al derrumbamiento, procedente del claustro, como un signo purificador. «El maleficio ha concluido», pensó, y sus ojos se cerraron para siempre.